

11



AMOR y CINE



20
cts.

El más prodigioso salto
de Ricardito Talmadge



AMOR Y CINE

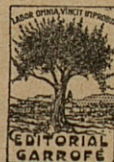
Colección semanal

Núm. II

El más prodigioso salto de RICARDITO TALMADGE

POR

María de Olariaga



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Unión, 19

BARCELONA

Esta novela es propiedad de la *Editorial Garrofé* en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé.—Villarroel, 12 y 14.—Barcelona

QUIEN ES RICARDITO

Pocos artistas de cine tan simpáticos y tan atrayentes como Ricardito Talmadge.

El maravilloso saltarín es, a más de un gran acróbata, un actor completo.

He aquí el secreto de su triunfo. No se limita su labor a trabajos más o menos difíciles de acrobacia—¡esos saltos prodigiosos de Ricardito!—, sino que a la vez sabe despertar en el espectador aquellos sentimientos que sólo producen el trabajo de los grandes actores.

Ricardito, además, es un galán que ha sabido conquistar el corazón de las mujeres...

Entre el público femenino del mundo entero tiene admiradoras a millares.

Por cierto que voy a deshacer un error muy extendido respecto a Ricardito Talmadge.

Contra lo que se cree en Europa, Ricardito no es hermano de las Talmadge, las geniales estrellas americanas.

Norma y Constance no tienen el menor parentesco con Ricardito.

Este nació en Coumberg (Suiza). Su padre era un conocido empresario de teatros y circo.

Todavía era un niño Ricardito cuando hizo su presentación en las tablas. El diminuto actor obtuvo desde el principio de su carrera artística ruidosos éxitos.

Luego se adiestró en los juegos atléticos y acrobáticos, convirtiéndose pronto en el formidable saltarín que todos hemos admirado en alguna película emocionante.

En seguida se sintió atraído por la sirena del arte mudo y se trasladó a California, la Meca de la cinematografía.

Una vez allí, no le fué difícil escalar las más envidiables cumbres de la gloria, y se convirtió rápidamente en estrella de primera magnitud.

Douglas Fairbanks descubrió en Ricardito un artista de excepcionales condiciones para triunfar en la pantalla, y se encargó de la dirección del joven actor.

Rápidamente, bajo la experta tutela de Douglas, Ricardito se situó en la primera fila de los astros fotogénicos.

Y hoy, es uno de los más populares creadores de películas de los Estados Unidos.

II

RICARDITO ES UN APASIONADO

He dicho antes que Ricardito tenía, entre el público femenino, admiradoras a millares.

En efecto. Pero ahora debo añadir que el joven actor es, a su vez, un ardiente enamorado.

Mujer que ve, mujer de la que se enamora perdidamente. Es una fatalidad.

Eso le ha producido no pocos disgustos. Por culpa de su carácter apasionado se ha visto metido en innumerables aventuras, de las cuales algunas veces ha salido bien y otras—las más—bastante mal...

Reciente es su aventura emocionante con Laurencia Clixfort, una «extra» hermosísima, esposa, según se dijo, de un famoso millonario neoyorkino, del que estaba separada se ignora por qué causas.

Esta aventura produjo un gran escándalo en

Nueva York, pues hubo un periódico que la relató con todo lujo de detalles a sus lectores.

En ella Ricardito Talmadge tuvo ocasión de realizar el más prodigioso salto de su vida, con la particularidad de que este salto no fué dado en la pista ni ante el objetivo, sino una noche en...

Pero no precipitemos los acontecimientos y empecemos a narrar la historia por su principio natural.

* * *

Laurencia Clixfort era una mujer extraña. Cuando llegó a los estudios cinematográficos sólo se supo de ella que estaba separada de su marido, hijo de un famoso millonario.

Ella jamás habló del esposo y nadie pudo saber su nombre ni las causas que produjeron aquella separación.

Laurencia tenía el tipo de una de esas mujeres enigmáticas, que los novelistas llaman vampiresas.

Alta, muy delgada, vestida siempre de negro, su silueta tenía un no sé qué misterioso y atra-yente.

Los ojos grandes, verdes, tenían un brillo de acero, frío, maligno, turbador.

Su boca, acaso un poco grande, de labios bultados y carnosos, enrojecidos por el carmín, parecía una herida sangrante.

Ricardito la vió y... se enamoró locamente de ella.

Laurencia aparentó no hacerle caso. Empezó a tratarle con piadoso afecto, como si fuese un chiquillo.

Esto hizo que Ricardito se apasionase aun más por aquella extraña mujer.

Iba siempre detrás de ella, y con acento humilde y rendido le declaraba a todas horas su pasión desbordante.

Por toda contestación, Laurencia, enigmática, reía, acaso un poco cínicamente, pero un poco melancólicamente también.

III

LA ENIGMÁTICA LAURENCIA

Aquel día la encontró en el jardín de su villa, hermoso palacete de dos pisos que Laurencia ocupaba en los alrededores de Los Angeles.

Estaba tendida en una hamaca, a la sombra de unos álamos frondosos.

Su cuerpo, lleno de turgencias, por lo finas

más jarrebatadoras, tenía una indolencia atrayente y enfermiza.

—Hoyeaba un libro distraídamente.

—Ricardito se acercó a ella de puntillas y estuvo contemplándola largo rato.

—Moría la tarde con una gran profusión de oros en el horizonte. Alguna nube, brillante de luz crepuscular, corría lentamente por el límpido azul del cielo.

Por fin, Ricardito decidió advertir a Laurencia de que estaba allí.

—¿Qué está usted leyendo?—le preguntó.

—No leo—respondió ella—. Estoy pensando.

—¿Y en qué piensa usted, Laurencia?

Ella tuvo una contestación audaz:

—En que usted me mira como un enamorado...

—¿Eso pensaba?—replicó Ricardito, algo cohibido.

—Eso y...

No terminó la frase. Con un gesto de cansancio infinito, dejó caer el libro de las manos y se quedó mirando fijamente al joven.

Luego, con la misma indolencia, cruzó las manos bajo la nuca y una sonrisa que quería ser ingenua, pero que era maligna, se dibujó en sus labios.

Ricardito fué acercándose lentamente.

Cuando la tuvo a su alcance, extendió los brazos para enlazarla por el talle.

Pero ella le miró con tal dureza, que Ricardito quedó paralizado.



Ricardito. Talmadge sonríe como el hombre para quien la vida es un constante dúo de amor.

—¿Qué tontería es esa?—preguntó Laurencia con voz dura.

Ricardito se limitó a murmurar:

—¡Perdón!

Quedaron en silencio. Ella, con la mirada distraída hacia lo alto. El, rojo de vergüenza, mirando de reojo a la enigmática mujer.

Por fin Ricardito decidió romper aquel silencio.

—¡La quiero a usted tanto, Laurencia!—dijo con acento apasionado.

Ella rió con una carcajada fuerte, musical.

—¿De verdad?

Ricardito aun tuvo fuerzas para decir:

—¿Por qué se burla usted de mí, Laurencia?

¿Por qué no cree mis palabras de amor?

Laurencia dejó de reír. Y mirando fijamente al enamorado joven, fué diciendo con lentitud estudiada:

—¡Pobre amigo mío!... ¿Es verdad que me quiere usted como dice?... ¿Y si yo le aconsejase que huyese de mi lado?...

—¡Eso nunca!—dijo Ricardito con vehemencia.

Ella fué aún implacable:

—Sin embargo, yo no soy una mujer a la que se pueda amar como todas...

Y remarcando las palabras, añadió:

—¡Huya usted de mí, ahora que todavía está a tiempo!

IV

AN LA VIDA DE LAURENCIA HAY UN MISTERIO

Ricardito no sabia que actitud adoptar. ¿Qué significado tenían aquellas palabras de Laurencia?

Quiso saber.

—¡No me haga sufrir más, Laurencia!—dijo con humildad—. ¡Acláreme sus palabras! ¿Por qué de huir de usted?

Ella parecía no oír. Los ojos fijos en un punto lejano, el cuerpo delgadísimo fundiéndose en la semipenumbra del atardecer, sembraba una sombra.

Como hablando consigo misma, la voz opaca, susurró.

—¿Qué sabe usted de mí, Ricardo? ¿Qué sabe nadie? Nada... Mi vida está envuelta en el más impenetrable misterio. Sólo sabe usted, tal vez, que soy hermosa... ¿Y esto es bastante? ¡No, amigo mío!

Calló. Un silencio de muerte parecía envolverlo todo.

Como respetuoso ante la serenidad de aquel instante supremo, un pajarillo que piaba alegremente, enmudeció también...

—¿Cómo se atreve, pues, Ricardo—siguió diciendo Laurencia—, a decirme que me ama con tal locura? Es ésta, siempre, una frase peligrosa, si no es la más vil de las mentiras...

Y levantando el tono de voz, añadió:

—Resulta expuesto decir que se ama con locura a una mujer, sin conocerla...

—¡Es verdad!—afirmó Ricardo—. No la conozco a usted. No sé nada de usted. Su vida pasada es para mí un secreto impenetrable. Y, a pesar de todo, la amo a usted tanto!

Al oír estas palabras, Laurencia le miró, sonriendo:

—Merecía que le dijese: «¡Siga usted su camino, pobre muchacho! Y aprenda a conocer mejor a las mujeres...» ¿Qué contestaría, entonces, si yo le diese este consejo?

—¡Me mataría!—dijo resueltamente Ricardito.

—¡Qué disparate!—contestó, riendo, Laurencia—. ¿Ve usted cómo es un joven inexperto ante exigencias y las complicaciones del amor? Ricardito miraba a su enigmática amiga sin pestañear. Estaba colorado, los ojos brillantes, los labios apretados en un rictus de rabia.

—¿Es que aquella mujer se estaba burlando de él? ¡Ah, cómo se complacía en zaherirle, sa-

biéndole loco de amor ante su turbadora belleza!

Tuvo un gesto de encendida rebeldía frente a la frialdad brutal de la mujer de hielo.

—Sin embargo—dijo—, puede usted creerlo. ¡Me mataría! Pero antes...

—Antes, ¿qué?—pidió ella, anhelante.

—Antes... ¡la mataría a usted!

Laurencia sintió un violento escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

Y calló, ante la certeza de que él, loco de pasión como estaba, sería capaz de hacer lo que decía.

V

LA REVELACIÓN

Por fin, ya un poco repuesta, Laurencia pudo exclamar:

—Tal vez incurra en una candidez impropia de mí si le creo. Pero le creo a usted, Ricardo. ¡Qué poco razonable! No hay necesidad de morir, ni de matar.

—¡A veces, sí!

—En efecto. A veces sí. Pero en este caso, no. Si hubiese sido usted un poco razonable, me hubiera dicho: «Me gusta usted, Laurencia.» Nunca «¡La amo a usted con locura!» Porque, lo repito, no me conoce... Yo, en cambio, sí le conozco a usted. Me gusta mucho, sinceramente. Y le digo lo que le hubiese dicho antes, de haber sido más razonable: «Acepto sus proposiciones. Hagamos una experiencia.»

Guardó silencio. La noche había cerrado y los dos amantes estaban envueltos en sombras.

Ricardito comprendió que sólo debía acercar su rostro al de ella para besarla en los labios.

Pero se contuvo. Y en un gesto de impotencia y de duda, se llevó las manos a los ojos y lloró silenciosamente, dolorosamente.

—¡Es verdad! No la conozco a usted... Temo no conocerla nunca...

—¿Por qué dijo, pues, «la amo a usted con locura»?

—Lo dije porque es verdad. Una terrible, una trágica verdad. Y, a pesar de esta verdad, no la conozco...

—¿Ve usted? Ahora se va haciendo más razonable...

Ricardito enjugó repentinamente sus lágrimas y se irguió, diciendo con serenidad:

—Esta tranquilidad, este aplomo, que usted ha dado a sus palabras «Hagamos una experiencia», me aterra... ¿Ha hecho muchas experiencias de esa clase, antes?

—¡Una sola! — dijo Laurencia, melancólicamente—. La de mi matrimonio...

—Y ahora—inquirió Ricardito—, ¿no es usted libre?

—No soy viuda ni divorciada. Pero mi marido, juzgándome con excesiva severidad, me abandonó, jurándome que no le vería más...

Aquella confesión sorprendió a Ricardito. No tuvo fuerzas para replicar, ni siquiera para seguir preguntando.

Mil sospechas, a cual más abominable, a cual más trágica, a cual más monstruosa, se agolparon en su cerebro.

¿Qué clase de mujer era aquella? ¿Ángel o diablo? ¿Monstruo o heroína?

Pero Laurencia, dándose cuenta de lo que pasaba por el corazón de su amigo, añadió:

—Así, pues, soy libre, ¿verdad?

Ricardito no quiso contestar a esta pregunta. A su vez, preguntó:

—¿Y por qué la abandonó su marido... si es que quiere decírmelo?

—Porque, como una loca, le dije la verdad, toda la verdad...

Su respiración se hizo jadeante, como la de quien quiere confesar algo y no se atreve.

Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, siguió:

—El no habría sabido nunca la verdad... Hubiera podido callarla eternamente... Como ahora... ¿Qué necesidad tengo de contarle? Pero

siento precisión de hablar. Es más fuerte que yo... Necesito luz... Necesito confesarme...

Sus palabras fueron ahogadas por un largo sollozo entrecortado.

Ricardito se abrazó estrechamente a ella y empezó a besarla con inusitada vehemencia.

—¡Ah, cómo la amo, Laurencia! ¡Cómo voy comprendiéndola ya! ¡Y qué felices vamos a ser los dos, juntos siempre, siempre, siempre!

Entonces ella, como una niña, entre estertores y jadeos, bebiéndose las lágrimas, se confesó.

Ricardito iba recogiendo ávidamente las palabras confidenciales, como si fueran gotas de miel que se desprendían de los labios de la amada.

VI

EL MISTERIO DE LA VIDA DE LAURENCIA

—Amaba a mi marido—empezó diciendo—por encima de todas las cosas.



El atleta ágil y elegante eleva a la mujer por encima de su cabeza como símbolo de encendida pasión.

El también me amaba. Me adoraba, más bien.

Llevábamos cuatro años de casados. Cuatro años que gozábamos juntos la más completa felicidad...

Sin embargo, nunca puede ser completa la dicha, y cuando menos lo pensamos viene alguna causa fortuita a deshacerla.

Eso ocurrió con la estúpida debilidad que tuve de admitir a una amiga mía en nuestra casa.

Era una antigua compañera de colegio, que se vió repentinamente arruinada a la muerte de sus padres.

La recogí, compadecida de su angustiosa situación, para salvarla de la miseria.

Era delgada, rubia, y poseía un encanto supremo en sus ojos de fuego.

Temperamento apasionado, vivía en constante exaltación.

Era muy aficionada a la música y tocaba con bastante perfección el violín.

Mi marido, en las largas veladas familiares, la acompañaba al piano románticas sonatas, que ella iba arrancando de las cuerdas sonoras del maravilloso instrumento...

Pronto puede advertir en mi marido algo extraño. Lentamente, implacablemente, fuí adquiriendo la certeza de que él amaba a mi amiga...

Ella no era aún su amante. Me constaba.

Sabía también que mi marido seguía queriéndome a mí. Me amaba y me lo demostraba cada momento...

Pero, a pesar de todo, yo adivinaba cuando él dejaba de pensar en mí para pensar en ella...

¿Qué debía hacer yo en tal situación? En primer término saber a cuál de las dos prefería, a cuál de las dos amaba más...

Y decidí descubrirlo, fuese como fuese.

VII

CELOS

Pronto ideé una de esas farsas, tan sencillas y tan llenas de mala intención, que los celosos acostumbran a concebir y a poner en práctica con una audacia que sólo pueden justificar los transportes realmente trágicos de su feroz pasión.

—Vengo a comunicarte una horrible noticia —dije, entrando en el despacho de mi marido, sumida en inconsolable llanto.

—¿Qué ocurre? —inquirió él, intranquilo—. Realmente estás muy nerviosa...

Yo seguí llorando largo rato.

—¡Vamos, vamos, tranquilízate—me iba diciendo él.

—¡Ay, pobrecilla mía! — empecé a gemir—. ¡Pobrecilla, qué desgracia más grande!

—¿Qué?—preguntó mi marido, sin que su voz reflejara el menor sobresalto.

—Acaba de ocurrir un espantoso accidente de automóvil y ella...

—¿Quién?

—¡Mi pobre amiga!

—¿Está herida?—inquirió.

Y yo noté un poco de inquietud en sus palabras, pero... ¡tan poco!... que muy bien podía ser la simple compasión que se siente ante una desgracia.

—¡Muerta!—me atreví a murmurar.

Y mis ojos se clavaron en los de mi marido, para descubrir un dolor que—he de reconocerlo—no se reflejó en ellos.

—¿Muerta?—repitió él—. ¡Y con lo alegre que estaba ayer! Tenía la cabeza llena de proyectos, con sus conciertos... Pero, ¿qué te ocurre, Laurencia? ¿Lloras?

En efecto. Yo acababa de dejarme caer en una silla, llorando desconsoladamente.

Ante el resultado negativo de mi vergonzosa farsa, todos los fantasmas de mis celos insensatos se desvanecieron.

Empecé a sentir una especie de alivio a la vez mezclado con la más punzante vergüenza y

el más atroz remordimiento. No tuve fuerzas para fingir más...

Y arrepentida de aquella burda estratagema, cuya ridiculez y cuya crueldad empezaba a comprender en aquel instante, me arrojé a los pies de mi marido y empecé a decir:

—¡Perdóname, querido esposo mío! ¡Soy muy desgraciada! Soy una mujer indigna de ti, de tu amor... Mis celos me han llevado a eso... ¡He desconfiado de ti... de ti... y de ella! Pero yo te juro que será la última vez... Tus deferencias con ella... Sus delicadezas para ti... Vuestra música, vuestra maldita música... ¡En fin! Loca de celos, he querido saber si ella te interesaba... Y entonces se me ocurrió hablarte como acabo de hacerlo... Te he mentado... Pero, ¡perdóname! Estoy arrepentida de lo que he hecho... Es que te amo, ¿lo oyes? Te amo, y esa es toda la explicación de mi odioso proceder... Pero no temas que se repita... Te lo juro; nunca más... nunca más...

Mi marido estuvo escuchándome lleno de estupor.

Cuando hubo concluido se levantó, y con voz fosca me dijo:

—Que no vuelva a suceder, ¿eh? ¡Que no vuelva a suceder!

VIII

LA TRAGEDIA

Aquella mujer era de una complicación espiritual extraordinaria.

Ricardito, bajo el influjo maléfico del carácter de Laurencia, temía enloquecer.

Algo extraño, morboso, repelente, parecía interponerse entre los dos amantes, y así sus amores no eran normales y plácidos, sino llenos de sobresaltos e inquietudes.

Por eso Ricardito decidió varias veces no volver a poner los pies en casa de Laurencia, donde algo trágico flotaba a todas horas, pero una fuerza superior se lo impedía.

Ahora, ante aquel relato, Ricardito comprendió que se hallaba frente a una de esas mujeres sin corazón, que son capaces de sacrificarlo todo a sí mismas.

Pero no había terminado allí el relato, sino que Laurencia prosiguió:

—Pocos días estuve tranquila después de aquella prueba. De nuevo los celos hicieron presa de mi corazón, y volví a sufrir las más horribles torturas morales...

Mi marido y su amiga seguían tratándose con igual deferencia, con idénticas delicadezas...

Era indudable que se querían, que mi marido la quería más a ella que a mí.

Pero... ¿Cómo descubrir los verdaderos sentimientos de aquellos dos seres?

Mi vida volvió a ser un infierno espantoso.

Lo que yo hacía no era vivir, sino ir muriendo lentamente, entre los más atroces suplicios...

¡Los celos! ¡Qué malos son! ¡Qué veneno maldito van infiltrando en nuestras fibras sensibles, haciéndolas saltar hechas añicos al menor impulso!

Sin poder resistir por más tiempo, decidí hacer un nuevo experimento. Pero ahora—¡mi propósito era firme!—sería una prueba que no dejaría lugar a dudas.

La ocasión no tardó en presentármese. Fué un día que hicimos una excursión en lancha por el lago del Central Park.

Mi marido era un experto nadador... Mi amiga y yo no sabíamos nadar.

La cosa era bien clara. ¡Por fin, podría descubrir quién era la preferida!

No lo pensé siquiera... Me incliné repentinamente, e hice volcar la barca. ¡Dichosa la que él escogiese en su primer impulso!

—Nos sacó a las dos al mismo tiempo: yo, desmayada; ella, muerta...
—Pero... ¿a cuál había sacado primero?

Pasado mucho tiempo, me atreví a preguntárselo.

Yo suponía que ya no se acordaba de mi amiga y que me llamaba nuevamente.

No me contestó. Y al día siguiente se fué de mi lado para no volver más...

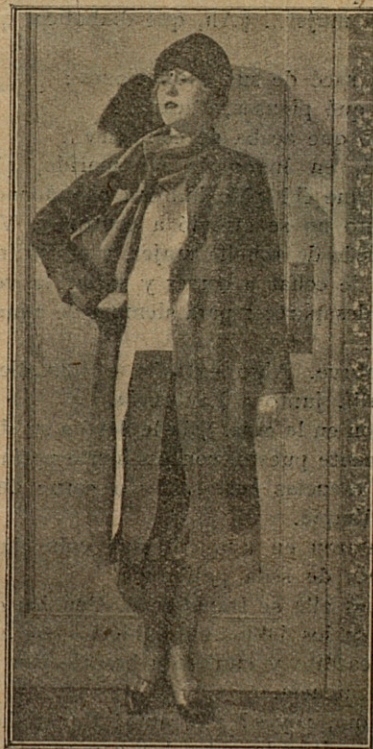
EL AMOR DE LAURENCIA

—Cuando hubo terminado su relato, Laurencia se levantó.

—Debe ser ya muy tarde—dijo—. Vámonos a dentro.

Ricardito permanecía silencioso, sobrecogido por la extraña historia que acababa de oír.

¿Era posible aquello? ¿Podía existir tanta maldad en el corazón de una mujer? Maldad inocente acaso, pero refinada, monstruosa, brutal.



Laurencia Clixfort, misteriosa y altiva, tiene la presencia inequívoca de una mujer fatal.

Sintió miedo. Un miedo brusco, repentino, sin saber porqué.

Aquella mujer... ¡Ah, qué diabólica, qué perversa!

Ella le sacó de sus cavilaciones:

—¿En qué piensas, Ricardo?

—En lo que acaba de contarme...

—Usted, en lugar de mi marido, ¿hubiera hecho lo que él? ¿Me hubiera abandonado?

Ricardito no se atrevió a contestar. Volvió a sentir miedo de aquella mujer, y sintió impulsos de huir, de echar a correr y saltar la verja del jardín y desaparecer para siempre de aquel lugar maldito...

Se contuvo. Algo extraño e inexplicable le retenía allí, junto a Laurencia.

Entraron en la casa. Ella le llevó a su «boudoir», coquetamente puesto, con un fuerte perfume turbador a esencias costosas y a carne de mujer joven y limpia.

Se sentaron en una otomana colmada de almohadones de seda polícroma.

Entonces ella se transfiguró. Con los ojos encendidos y los labios entreabiertos, se abalanzó sobre Ricardito y empezó a besarle con precipitada vehemencia.

—Te amo, ¿oyes? ¡Te amo! Con toda mi alma—iba repitiendo entre besos y suspiros aquella mujer que ahora parecía una alegoría de la locura.

Ricardito, sorprendido, se entregó al torbelli-

no apasionado de Laurencia, devolviendo las caricias y las frases con igual intensidad.

Ya definitivamente entregados a su pasión, Laurencia suplicó:

—Siempre nos querremos igual, ¿verdad, Ricardito?

Y sin darle tiempo para contestar, añadió:

—¡No te muevas ya de mi lado, nene! Sin ti no podría vivir...

X

EL RETRATO

Aquella noche, por una misteriosa sugestión, Ricardito pidió a Laurencia que le llevase a sus habitaciones íntimas del segundo piso.

Al entrar en la alcoba, algo sorprendió dolorosamente a Ricardito.

—¿Quiés es?—dijo, mirando fijamente un retrato que colgaba del testero principal del salón.

Era una muchacha joven, rubia, bellísima.

Laurencia no contestó. Se puso intensamente pálida.

Ricardito comprendió que acababa de cometer una indiscreción.

—Perdona; mi pregunta ha sido impertinente, pero no he podido evitarla... Esta joven se parece tanto a...

—¿A quién?—preguntó Laurencia con avidez.

—A una novia que tuve años atrás...

Y pensó en Olive, la novia lejana a la que él había querido tan intensamente. Olive había sido, sin duda alguna, la mujer que más quiso en su vida...

¿Dónde estaría? ¿Qué habría sido de ella?

Se puso repentinamente triste. Volvió a mirar el retrato y vio a pensar que se parecía a Olive como una gota de agua a otra gota de agua.

Laurencia se dió cuenta de aquella preocupación.

—Veo—dijo en tono irónico—que también a ti te ha trastornado mi amiga...

—¿Tu amiga? ¿Entonces esa es...?

—Sí. La misma... Por esa mujer perdí el amor de mi marido... Pero...

—Pero... ¿qué?

Laurencia se había ido exaltando. Estaba transfigurada. Los ojos le brillaban.

Tenía en el rostro una expresión indefinible de odio, de crueldad.

Estaba magnífica en su indignación desbordante.

—Pero barbotó—, ¡estuvo bien castigada!

¡Murió!

Ricardito volvió a sentir miedo al lado de aquella mujer.

¿Qué maldad tan refinada albergaba en su corazón, que le hacía hablar de este modo?

Tuvo un extraño presentimiento. Miró de nuevo el retrato. ¿No sería ella?

¡Sí, sí! No sabía duda... ¡Era ella, era Olive!

Con un rápido impulso, superior a su voluntad, se abalanzó sobre Laurencia.

Agarró su cuello terso, sedoso y palpitante, con su manos que eran zarpas, y gritó enloquecido:

—¡Ah, maldita, maldita! ¿Cómo se llama, di? ¿Cómo se llama?

Laurencia trató de desasirse. Ahogándose casi, pudo balbucir:

—¡Déjame, Ricardo, déjame! ¿Te has vuelto loco?

Ricardito parecía no oír. Insensible a todo, seguía apretando, apretando.

—¡Fuiste tú, tú, quien la mató! Pero morirás como ella... ¡Morirás!

Laurencia, en un supremo esfuerzo, sacando fuerzas sobrehumanas, logró huir.

Aterrizada, fue a refugiarse a un rincón.

Ricardito cayó pesadamente al suelo, presa de un fuerte ataque nervioso.

Luego, lloró, con un largo hipar de fiera herida.

XI

EL MÁS PRODIGIOSO SALTO DE RICARDITO

Largo rato estuvo llorando Ricardito, pero de pronto se irguió, como quien acaba de adoptar una resolución inquebrantable.

Acercándose a Laurencia, le dijo con voz dulce:

—Dime... ¿Cómo se llamaba tu amiga?

Laurencia le miró esupecta.

—¿Tanto te interesa? ¿O es que tú también la quisiste?

Y sin transición, añadió:

—Se llamaba Olive Tremens...

Ricardito se sintió desfallecer. ¡La misma!

Y sin pensarlo, rápidamente, abrió el alto balcón que daba al jardín, calculó con una rápida ojeada la altura que tenía, tomó carrera retrocediendo un poco y dió un brinco en el vacío...

Laurencia lanzó un agudo chillido.

Rápidamente se asomó al balcón y vió que

Ricardito describía un magnífico salto sobre los árboles y caía en la calle, de pie.

Luego, sin volver la cabeza, echó a correr vertiginosamente.

.....

He aquí la historia del más prodigioso salto de Ricardito Talmadge.

Hollywood, julio 1927.

FIN

En el próximo número publicaremos:
El primer desencanto de Gloria Swanson, marquesa de la Falaise

NUMEROS PUBLICADOS

1 — El más extraño amor de Rodolfo Valentino.

2 — Los dos grandes amores de Pola Negri.

3 — El último divorcio de Charlot. —
(Revelaciones sensacionales).

4 — El dulce encanto del amor de Colleen Moore.

5 — ¿Se casa John Gilbert con una española?

6 — De cómo el amor lanzó a la pantalla a Bebe Daniels.

7. — Reginald Denny tiene cinco novias a la vez.

8. — El hombre que se suicidó por Dorothy Dalton.

9 — Harold Lloyd no cree ya en las mujeres.

10 — Lily Damita tuvo una aventura de amor en Barcelona.

PASION...

MISTERIO...

A R T E . . .

Los secretos más íntimos, las más recónditas emociones, los más bellos momentos de los grandes astros cinematográficos, irán desfilando en esta primorosa colección que se inaugura bajo los auspicios del exquisito original, VALENTINO, SEMIDIOS, debido a la pluma de una dama talentosa y delirantemente enamorada que oculta su valía bajo el modesto pseudónimo de *Alma*.

A esta obra seguirá otra no menos seductora que lleva por título

John Gilbert, el fascinador de mujeres

original del brillante escritor y culto maestro de la literatura cinematográfica, *Alfonso Castaño Prado*.

Precio: 50 céntimos

PARA PEDIDOS A

EDITORIAL GARROFE

Unión, 19

Apartado de Correos núm. 356

BARCELONA

Imp. Garrofé.—Villarroel, 12 y 14, y Unión, 19